

„guna mortalidad funesta, sino la venida de un Dios, bap-
„jado únicamente para la salvacion y bienaventuranza del
„género humano. Añade que habiéndose observado esta
„estrella por los caldeos de ciencia distinguida y mui ver-
„dados en la astronomía, su ruta nocturna los condujo á
„buscar al Dios recién nacido; y que habiendo hallado á
„este augusto niño le habian tributado los homenajes tan de-
„bidos á tan gran Dios.

Es fácil conocer que aquí se cita á Chalsides, así como
á Macrobio en la nota siguiente, no como haciendo prueba
por sí mismos, puesto que son testigos mui posteriores al
acontecimiento, sino como quienes recogieron los hechos en
fuentes no sospechosas, dado que sabemos que no eran cris-
tianos, y que por otra parte se conocen suficientemente su
discernimiento y sus luces.

PÁG. 19.

[2] Y lo que un autor célebre entre los autores paganos
nos asegura. . . Herodes, instruido, &c. Macrobio procon-
sul de Africa, camarero mayor del emperador Teodosio el jó-
ven, y que vivía en principios del siglo quinto, así habla
de este hecho interesante: „Augusto, al saber que Herodes,
„rey de los judíos, habia hecho matar en Siria un gran
„número de niños varones de edad de dos años abajo, y
„que el propio hijo de este príncipe habia sido compren-
„dido en este asesinato, dijo: Mas valiera ser puerco de
„Herodes que su hijo.” (Satur. lib. 2, cap. 4.º. De las
„jovialidades de Augusto). Herodes era judío, y se sabe que
su religion no permitía el uso de este animal. La Siria
está puesta en este pasage por la Judea. En Tertuliano
se vé la misma designacion. *Poncio Pilato Siriam tunc ex
patria Romana procuranti.* (Apologético).

Duplesis-Mornay advierte, como una prueba de la apa-
ricion de la estrella milagrosa, que por consecuencia de esa
estrella y de los informes que Herodes tomó de los Magos,
este príncipe cruel y suspicaz hizo matar á todos los niños
menores de dos años, creyendo que hacia perecer al que la
estrella designaba. De suerte, que estos dos hechos se ha-
llan ligados juntamente y apollado el uno por el otro.

PÁG. 19.

[3] Juan Bautista, tan digno de admiracion, &c. Josefo,
en sus *Antigüedades judáicas*, lib. 18, cap. 7.º, hablando
de una guerra que tuvo Herodes contra Aretas, rey de los
árabes, en la que su ejército fué despedazado, da este tes-
timonio de Juan Bautista, y hace conocer al mismo tiempo

el principio del cristianismo. „Se creyó entre los judíos que
la derrota del ejército era un justo castigo de Dios, á cau-
sa de Juan llamado el Bautista, á quien el Tetrarca He-
rodes habia hecho morir, siendo un hombre santo; porque
exhortaba á los judíos á la virtud, principalmente á la pie-
dad y á la justicia, y á labarse en las aguas del bautismo.”

„Sin embargo les advertia, que, para hacer agradable á
Dios el uso de ellas, no era bastante abstenerse de algun pe-
cado particular, sino que ademas era menester purificar el
corazon por la justicia, purificando el cuerpo por el bautis-
mo. Como acudia á él una muchedumbre del pueblo que to-
maba sus lecciones con empeño, Herodes temia que el cré-
dito de Juan fuese una ocasion de motin, tomó el partido
de hacerlo morir.”

PÁG. 21.

[4] Pintó al hijo de Dios sin saberlo. Esto no es mas
que una expresion sencilla y verdadera del carácter de Je-
sucristo: pero no se recordarian demasiado estos bellós trozos
sobre Jesucristo y sobre el evangelio, que unen á la mas
exacta verdad todo el mérito del estilo mas puro y de la
elocuencia mas sublime. „No, el evangelio no ha sido es-
cuchado con tanto arte y aparato por todo el universo, y
su arrebatadora hermosura ha penetrado los corazones. Este
libro divino, único verdadero para un cristiano, y el mas útil
para quien no lo fuese, no necesita de ser meditado para
infundir en el alma el amor de su autor y la voluntad de
cumplir sus preceptos. Jamás la virtud habló idioma tan dulce;
jamás la sabiduría mas profunda se explicó con tanta energía
y sencillez. No deja uno su lectura, sin sentirse mejor que
antes...”

„Ved los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡qué
pequeños son comparados con este! ¿Será posible que un li-
bro á la par tan sublime y tan sábio sea obra de los hom-
bres? ¿Será posible que aquel cuya historia contiene sea
tambien un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó
de un sectario ambicioso? ¿Qué dulzura, que pureza en sus
costumbres! ¿Qué penetrante gracia en sus instrucciones!
¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus
discursos! ¡qué presencia de espíritu, que fuerza y que exacti-
tud en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde
está el hombre, donde el sábio que sabe obrar, padecer y morir
sin flaqueza y sin ostentacion? Cuando Platon pinta su justo
imaginario cubierto con todo el opróbio del crimen y digno de
todos los premios de la virtud, pinta rasgo á rasgo á Jesucristo.
La semejanza es tan sorprendente, que todos los padres la han
reconocido, y no es posible engañarse en ella.

„¿Qué preocupaciones, qué ceguera no es menester tener para osar poner en paralelo al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¿Qué distancia del uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, fácilmente sostuvo hasta el fin su papel; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudara si Sócrates con todo su espíritu fué mas que un sofista. Inventó, se dice, la moral. Otros la habian practicado antes de él; no hizo mas que decir lo que aquellos habian hecho, reducir sus ejemplos á lecciones. Aristides habia sido justo antes que Sócrates definiera la justicia; Leónidas habia muerto por su país, antes que Sócrates hubiera reducido á deber el amor á la patria; Esparta era sóbria antes que hubiera alabado la sobriedad; antes que hubiera encomiado la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas Jesus, ¿dónde habia tomado entre los suyos esta moral elevada y pura de que solo él nos ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta virtud, y la sencillez de las heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta y que llora; Jesus, en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus encarnizados verdugos. Si, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.

„Dirémos que la historia del Evangelio se ha inventado al antojo? No es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, no están mas comprobados que los de Jesucristo; en sustancia, es repeler la dificultad sin resolverla; fuera mas inconcebible que muchos hombres acordes hubieran fabricado este libro, que no el que uno solo hubiera ofrecido su asunto. Los autores judíos jamás hubieran hallado ni este tono ni esta moral; pues el evangelio tiene caracteres de verdad tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor seria mas admirable que el héroe.” (Rousseau.)

PÁG. 21.

[5] *Sobre la naturaleza y posibilidad de los milagros.* El universo entero, cada parte del universo es un prodigio; mas puesto que hablando propiamente, se entiende por milagro lo que se aparta de las leyes de la naturaleza y aventaja evidentemente sus fuerzas, ¿quién puede dudar racionalmente, primero, de que tales milagros son posibles al que hizo la naturaleza y no agotó en ella su poder (*)? Lo segundo,

[*] *Puede haber milagros en ella, dice Hume,*

que puesta la necesidad de la revelacion, que nosotros creemos haber establecido con las pruebas mas palmarias, ¿estos milagros no pueden estar en el órden de la sabiduria, y haber sido reservados por ella para conducir al hombre á su autor, mediante un género de prodigios á que no haya estado acostumbrado (*)? Y en último lugar, ¿qué estos milagros no pueden distinguirse suficientemente y de los que fueran contrahechos ó supuestos, y de los que solo parecerian milagros á nuestros ojos por nuestros pocos conocimientos de la fuerza y energía de la naturaleza? Esta tiene leyes muy conocidas acerca de estos objetos; leyes sencillas, constantes, uniformes, que tienen un curso regular y seguido, que se hacen sensibles á los hombres ménos ilustrados como á los mas sábios, y las que solo puede derogar el divino poder que las estableció. En todo tiempo, en todo país, la resurreccion de un muerto será ciertamente un milagro.

Segun este pequeño número de reflexiones, lo maravilloso de un hecho, como se advierte, no es lo que lo hace increíble, luego que ha podido intervenir la accion de Dios: entónces tan solo se trata de saber si en efecto ha intervenido. Mas, quien dió á la Enciclopedia el artículo *Cer-*

infracciones del curso ordinario de la naturaleza, que sean tales que puedan ser probados por el testimonio humano. (Pág. 37 del Ensayo sobre los milagros.)

„¿Dios pudo hacer milagros, dice Rousseau, es decir, puede derogar las leyes que ha establecido? Esta cuestion tratada seriamente, seria impia, si no fuese absurda. Fuera honrar demasiado á quien la resolviera negativamente, con castigarlo; bastara encerrarlo.” (Carta de la Montaña.)

„Los que combaten con Espinosa la posibilidad de los milagros, no contraponen á Dios la falta de poder. Se fundan solo en su inmutabilidad. Como si no fuera facil concebir que Dios, sin cambiar de voluntad, puede cambiar las leyes de la naturaleza; el mismo decreto que es eterno, ha abrasado juntamente el establecimiento y la interrupcion de estas leyes.” (La incredulidad convencida por las profecias, por el Sr. Arzobispo de Viena.)

[*] *Los milagros, por confesion de Rousseau, son los que dan á los enviados de Dios el caracter mas sorprendente, y por esto mismo el mas proporcionado á las necesidades de la multitud, á la que los hechos convienen siempre mucho mas que los razonamientos.*

tidumbre, de que Diderot mismo hace tan grande elogio, ha probado contra el autor de los pensamientos filosóficos, que los hombres pueden muy bien asegurarnos la verdad de un milagro como la de un hecho puramente natural. Un milagro es un hecho, que respecto al testimonio de los hombres y al de los sentidos, no difiere de ningún otro hecho cualquiera que sea su naturaleza. Nuestros sentidos y los hombres no nos dirán como y por que manera de obrar la Divinidad ha resucitado un muerto: porque esto no está á su alcance. Mas para decirnos que ha resucitado, le basta poder juzgar de estas dos cosas: que realmente habia muerto, y que ahora está en vida. Ved aquí dos hechos que estan igualmente sometidos á su exámen, y sobre los cuales, supuestas todas las condiciones requeridas, no pueden engañarse ni engañarnos, mas que sobre cualquiera otro hecho. Hay mas, el Ser Supremo, que, en circunstancias dignas de su sabiduría, puede alterar el órden físico por un acto extraordinario de su voluntad, no podría tambien alterar el órden moral, segun el cual estoy obligado á referirme sobre los hechos de cualquiera naturaleza que se supongan, á la certeza del testimonio humano, porque iría entónces contra las mismas leyes de su sabiduría, que dejan de ser arbitrarias respecto al mundo moral, aunque lo sean en un sentido respecto al mundo físico. Por otra parte, á menos de hacer milagros para cada uno de nosotros, y de hacerlos así tan comunes que muy pronto nos acostumbrásemos á no mirarlos ya como milagros, ó de que por lo ménos nuestra libertad fuese considerablemente obligada y compelida, es muy necesario que Dios me remita al testimonio humano para certificarme de los que haya querido hacer, de los que haya hecho; y que en todos los casos en que haya ejercido por ellos su poder, deja á este testimonio toda su fuerza. Tambien Hume, en el pasaje que hemos citado mas arriba, ha querido reconocer la posibilidad de los milagros, *susceptibles de ser probados por el testimonio humano*.

Tal vez algun dia tendrémos ocasion de desembolver, sobre el artículo de los milagros, lo que aquí solo está bosquejado, de hacer conocer la poca sólidez de las objeciones de Rousseau, y la poca exactitud de las de Hume, que nos ha parecido muy inferior al autor del *Emilio* en cuanto á la precisión y fuerza del raciocinio. Vease sobre el mismo artículo el *Deísmo refutado*, de Bergier, y una obrita muy bien compuesta titulada, *Cartas escritas en la Llanura, respondiendo á las de la Montaña*, impresa en Amsterdam, en 1765. Veanse tambien los *Pensamientos teológicos*, cap. 16 de los milagros.

PÁG. 21.

[6] Hechos y milagros confesados por aquellos mismos, &c.

Nadie un poco instruido ignora el testimonio que Josefo, judío de nacion, tan conocido por su bella historia de las *Antigüedades judaicas* y por la de la *Guerra de los Judios contra los Romanos* ha dado de Jesucristo. „En aquel tiempo, dice, hablando del tiempo de Pilatos gobernador de la Judea, apareció Jesus que era un hombre sábio, si debe uno limitarse á llamarle hombre; ¡tan admirables eran sus obras! Enseñaba á los que gustaban instruirse en la verdad, y fué seguido no solo de muchos judíos, sino de muchos gentiles. Era este aquel Cristo, que habiendo sido acusado por los príncipes de nuestra nacion delante de Pilatos, fué crucificado de órden suya. Los que le habian amado durante su vida, no lo abandonaron despues de su muerte. Se les apareció vivo tres dias despues de su muerte, segun lo habian predicho los profetas que habian anunciado muchas otras maravillas de su vida; y hasta el dia sus sectarios han continuado subsistiendo bajo el nombre de cristianos que tomaron de él. Hacia este tiempo aconteció tambien una gran conmocion en la Judea &c.” (*Antigüedades judaicas lib. 18, ca. 4*).

Se ha querido reputar como falso este pasaje tan desolador para el incrédulo, y se ha pretendido que fué añadido á la historia de Josefo. Mas en primer lugar, los mas antiguos manuscritos y los mas antiguos libros traen este pasaje tal como se acaba de citar: *Eodem tempore fuit Jesus*, &c. Todos sin escepcion lo traen del mismo modo; el testimonio de los que han escrito de él, como Eusebio, S. Gerónimo, Sofronio, Rufino, Isidoro de Damietta, Sozomeno, Cedreno, es unánime á favor de él. En segundo lugar, ¿cómo se puede suponer que un libro tan estimado y tan interesante como el de Josefo, un libro que los cristianos, los judíos, los paganos (y entre estos últimos los griegos que se deleitaban con él) tenían sin cesar en las manos, hubiera sido falsificado en todos los manuscritos y en el pasaje mas capaz de llamar la atención, sin que nadie lo notara y hubiera probado la falsificación? En tercer lugar, sería menester suponer tambien contra toda razon, que igualmente se han insertado en Josefo otros pasajes que necesariamente estan enlazados al texto, y en que el autor habla de la muerte de San Juan Bautista cuyo elogio hace, y de la persona de Santiago á quien llama *el hermano de Jesus*. ¿Quién efectivamente no ve, que si estos dos textos son autenticos como lo son evidentemente, no lo es ménos aquel que se refiere á Jesucristo, pues que sería un absurdo suponer que Josefo habló de Sr. Santiago y de San Juan, sin hablar tambien de Jesucristo, cuya historia y carácter habian hecho incomparablemente mas ruido?

Ya hemos transcrito mas arriba el pasaje sobre San Juan Bautista; ved aquí el otro sobre Sr. Santiago.

„Anás, que como acabamos de decir, habia sido elevado

á la dignidad de sumo sacerdote, era un espíritu audáz, férroz, de la secta de los saduseos, los mas severos de todos los judíos en sus juicios. Aprovechó el tiempo de la muerte de Festo, y en que no habia llegado aun Alvinio, para reunir un consejo, ante el cual hizo comparecer á Santiago hermano de Jesus llamado el Cristo, y á ciertos otros, los acusó de haber contravenido á la ley, y los hizo condenar á ser apedreados. Desagradó esta accion infinitamente á todos los habitantes de Jerusalem que tenian compasion y un verdadero amor á la observancia de nuestras leyes. Ellos enviaron secretamente al rey Agripa, para suplicarle que prohibiese á Anás el emprender una cosa semejante á lo que sin excusa habia hecho. Algunos de ellos se presentaron á Alvinio, que entonces se habia ido para Alejandria para informarle de lo que habia pasado, &c. [*Antigüedades judaicas lib. 20 cap. 8.º*]

PÁG. 21.

[7] Hierocles, filósofo pagano, que fué presidente de Bitinia y despues gobernador de Alejandria, no contento de perseguir á los cristianos, compuso una obra titulada *Philoletthes*, en la cual, confesando que Jesucristo habia resucitado de entre los muertos, y reconociendo la autenticidad de sus milagros, se atrevió á compararlos con los pretendidos milagros, de Apolonio de Tyana; pero su confesion á favor de Jesucristo subsiste con toda su fuerza, sin dar ningun valor á la comparacion que quiso hacer. Habla solo siguiendo á Philostrato, quien escribió la vida de Apolonio; y el testimonio de este no tiene autoridad ninguna; lo primero, porque mui léjos de ser un testigo de vista, escribió cerca de un siglo despues de la muerte de su heroe: lo segundo, porque los hechos que refiere permanecieron desconocidos por todo aquel espacio de tiempo que precedió á la relacion que hace de ellos: lo tercero, porque es el único que nos ha conservado la memoria de estos prodigios, pues los autores contemporaneos tales como Eufrathes, tan celebrado por Plinio el jóven, no dicen palabra de estas pretendidas maravillas, y se contentan con presentarnos á Apolonio como un aventurero y un impostor: lo cuarto, porque nada hizo para confirmar la verdad de lo que refiere, sino que al contrario lo hace dudoso y mui sospechoso, el haber escrito solo con la mira de cortejar á la emperatriz Julia, apasionada de la magia y de los romances.

No descansa en tales fundamentos la autenticidad de los milagros de Jesucristo, son referidos por testigos oculares contemporaneos, á la vista de un pueblo entero su mas cruel enemigo, que hubiera podido tratarlos como invenciones ab-

surdas, repelerlos como mentiras groseras, y por el contrario los reconoció como verdaderos: son referidos por un número de testigos mas que suficiente, y son confesados no solamente por los judíos, sino por los autores paganos que no pudieron contradecirlos: son referidos finalmente por hombres que sellaron con su sangre la verdad de su narracion.

Casi las mismas observaciones pueden hacerse acerca de los otros prodigios que se oponen á los milagros de Jesucristo, tales como los de Vespasiano, que no se levantan, como dice Fleury, ni aun sobre el órden comun de las cosas naturales, y ademas no tienen caracter ninguno de certidumbre.

PÁG. 21.

[8] Juliano hace una confesion formal de los milagros de Nuestro Señor, á la vez que procura eludir su fuerza. „No ha hecho nada, dice, que merezca llamarse tal, á ménos que se tengan por grandes acciones haber curado cojos y ciegos, y haber arrojado los demonios de los poseidos en los suburbios de Betsaida y de Betania.” (*Obras de Juliano, lib. 6, pág. 191, edic. de Colon. en 1688.*)

PÁG. 21.

[9] Cæso, filósofo epicureo, florecia como á mediados del siglo segundo, bajo el emperador Adriano, dijo de N. Señor Jesucristo, que, „urgido por la pobreza se habia retirado á Egipto, en donde habia bebido en el arte mágico aquel poder maravilloso y aquella presuncion que le habia hecho tomar despues en la Judea el título de Dios.”

PÁG. 21.

[10] Porfirio no ha dejado escapar á favor de Jesucristo mas que algunos rasgos que parecen probar que los oráculos de los mismos paganos, cualquiera que sea la causa que se les atribuya le fueron favorables, y que los dioses de los gentiles reconocieron en cierto modo su influencia y su poder. (*Porfirio en Eusebio, Preparacion evangelica libro 5.º, cap. 1.º, y en San Agustín, de la ciudad de Dios, lib. 19, cap. 22.*)

PÁG. 22.

[11] Hechos maravillosos, evidentemente superiores á las fuerzas de la naturaleza. Independientemente de lo que hemos dicho en una de las notas precedentes, y sin insistir

sobre el milagro de la resurreccion de un muerto, muchas veces repetido en circunstancias muy diferentes, y de que no hay persona bastante insensata para creerlo posible por solo las fuerzas de la naturaleza, ¿cuantos otros prodigios de parte de Jesucristo y de sus discípulos hay inexplicables por secretos puramente naturales!

Ensálzense cuanto se quiera los descubrimientos hechos en nuestros días, los de la electricidad, de la virtud magnética, del magnetismo animal, en que las personas sensatas no creen ya, de un fluido que circula en todas las partes del universo; que á fuerza de experiencias y de titubeos se omite la aplicacion que se hacé de todos los inconvenientes que parecen resultar de ellos; que se les concedan las mayores ventajas, tan magníficamente celebradas por los unos, tan altamente contradichas por los otros; cítese tambien para darles valor, no los vértigos ni los pasmos, ni las convulsiones extraordinarias, ni las impresiones de dolor ó de placer, sino las curaciones maravillosas, muy imperfectas, muy inciertas quizá para decidirse á creerlas, ó relativas por lo menos á otras causas de que no se habla: con todo esto, ¿se atreverá uno á negar que las curaciones de ciegos de nacimiento, que tantas otras curaciones súbitas, permanentes, ó hechas con una sola palabra, obradas en personas ausentes y distantes, como la hija de la Cananea, el criado del Centurion, son verdaderos milagros? Que en una maquina cualquiera, á favor de un gran globo lleno de gaz ó de humo se eleve uno á los aires; que se halle tambien el secreto de discurrir sobre las aguas, ¿es esto mandar como Jesucristo á los vientos y á las tempestades? Está bien que á fuerza de arte ó de instrumentos ande uno á paso firme sobre las ondas agitadas; ¿y quién ha hecho andar á sus apóstoles con un solo mandato? ¿Hay quien con el recurso de un globo aereostático se halla elevado hasta los cielos para no volver á aparecer nunca en la tierra?

¿Y qué ganará la incredulidad en multiplicar con incipientes razonamientos y comparaciones pueriles sus delirios y sus sofismas? Es necesario romper la cadena de los grandes milagros obrados en favor de la religion; ¿qué digo?, es menester despedazar la cadena inmensa de todos los grandes hechos que la prueban; es menester borrar absolutamente sus caracteres distintivos; es menester en una palabra, para luchar contra ella, aniquilar todo su conjunto divino, y procurar arrebatarse sus tan bien adquiridos derechos á la creencia del género humano.

PÁG. 23.

[12] La naturaleza se commueve y desconcierta cuando es

pira y con prodigios que atestiguan autores paganos, &c. Tales como Flegon que florecia en Roma á mediados del siglo segundo; Phallus, autor griego, que escribia las historias Syriacas en el siglo primero de la Iglesia, y que cuenta en su libro tercero la de las tinieblas difundidas por la Judea en la muerte de Jesucristo. Flegon habla de estas tinieblas como de un eclipse de sol, ya porque las creia el efecto de un eclipse, ya porque el mayor número antes de él se habia expresado asi acerca de este fenómeno. Ved aquí lo que dijo de él: „El cuarto año de la Olimpiada „202 [que es el mismo de la muerte de Nuestro Señor], hubo „allí un eclipse de sol, el mayor que se habia visto hasta „entónces. Se formó á la hora sexta del día una noche „tan oscura, que aparecieron las estrellas en el cielo. Acaeció ademas un gran temblor de tierra que derribó muchas „casas de la ciudad de Nicea en Bitinia.” Lo que pone todavia este milagro en la mayor claridad, aun por confesion de los paganos, es que estaba referido en las actas públicas y en los registros del imperio. Tertuliano, en el capítulo 21 de su Apologético, apela á estos documentos solemnes, como á monumentos incontestables, y remite los gentiles á ellos. *Eum mundi casum relatam in archivis vestris habetis* (*). Luciano, sacerdote y martir, segun refiere Rufino, decia á sus jueces: *consultad vuestros anales; hallaréis que en tiempo de Pilatos, á tiempo que padecia Jesucristo, el sol se huyó en medio del día, y el día fué interrumpido.* (*Historia Ecclésiastica, lib. 9 cap. 6.*)

PÁG. 24.

[13] ¿Quiénes son estos hombres que van á obrar en nombre de Jesucristo prodigios tan grandes como los que él mismo ha obrado? Suetonio (*In Neronem cap. 16*), llama á los cristianos una secta de mágicos y de encantadores; lo que cuando ménos prueba el caracter maravilloso que estaba obligado á reconocer en las cosas que les veia obrar.

¿Con qué fundamento aunque fuera poco sólido pudiera negarse la verdad de los milagros de Jesucristo y de sus discípulos, á la vez que los judíos y los paganos, para eludir su autoridad, no tienen mas recurso que decir que eran obrados por la magia ó por el poder de los demonios? Tambien Littelton, autor ingles, dice que despues de los apóstoles y de los evangelistas, los testigos mas irreprochables de la triunfadora evidencia de esta verdad, son Celso, Juliano y los demas adversarios antiguos de la religion cristiana, quienes no pudiendo contradecir ni negar la autenti-

[*] En vuestros archivos teneis referido aquel suceso del mundo.

cidad de estos milagros, se vieron reducidos á imaginar sus causas tan absurdas como tan ridículas. (*Consideraciones sobre la conversión de San Pablo, pág. 109.*)

PÁG. 25.

[14] *Las costumbres de los primeros fieles se hacen admirar de sus mayores enemigos.* Plinio, en su carta á Trajano, nos ha dejado aquel bello monumento del testimonio que los apóstatas mismos daban de las costumbres de los primeros cristianos. „Presentóseme una memoria en que estaban los nombres de muchos que afirman que no son cristianos y que no lo han sido jamás. En efecto, invocaron á los dioses conmigo, les ofrecieron sacrificios, y además, maldijeron al Cristo: á lo cual, se dice, que es imposible obligar á los que son verdaderamente cristianos. Otros, aún, denunciados; dijeron que eran cristianos y lo negaron luego despues, diciendo que lo habian sido, pero que ya no lo eran, y maldijeron tambien al Cristo. Por lo demas, afirmaban que su falta ó su error se reducía á los puntos siguientes: juntarse un dia señalado antes de la salida del sol, para decir en comun alternativamente un cántico en honor del Cristo como de un Dios; que se obligaban bajo de juramento, no á crimen alguno, sino mas bien á no cometer latrocinio, ni rapiña, ni adulterio, á guardar la fe prometida, á devolver con religiosidad un depósito; que despues tenian costumbre de retirarse, despues de reunirse para hacer una comida, en que no tomaban mas que alimentos comunes y permitidos.” (*Carta 97, lib. 10.*)

El testimonio de Luciano es de no ménos peso. En medio de los dardos de sátira que dispara contra los cristianos, se le escapan rasgos de verdad que los honran. „Su legislador, dice, les persuade que todos son hermanos; se separan de nosotros: reniegan de los dioses de los griegos; adoran á su doctor crucificado, y conforman su vida con sus leyes; desprecian las riquezas, todo es comun entre ellos; y son constantes en su fe. . . . Hasta el dia adoran á aquel gran, de hombre crucificado en la Palestina.” (*Luciano, de la Muerte del peregrino.*)

PÁG. 25.

[15] *El universo es cristiano.* Opóngase á este establecimiento del cristianismo el de la ley de Mahoma. „Como se ha notado mui bien, la ignorancia bruta de los pueblos que Mahoma queria someter á su dominacion, mas bien que á su doctrina, una desenfrenada ambicion sostenida por un entusiasmo ardiente, el alfange mas persuasivo todavía que la palabra, una moral comoda, un paraíso sensual, ved aquí

„sin contradiccion las verdaderas causas del establecimiento „y de los progresos del mahometismo.” Los discípulos de Jesucristo por el contrario, hicieron recibir su ley á los siglos y á los pueblos mas ilustrados, emplean la dulzura, la sumision, la paciencia, y no la fuerza ni la violencia; sufriendo persecucion, léjos de perseguir ellos; prodigando sus bienes y su vida, en vez de quitárselos á los otros; predicando una moral santa y severa, que contraría la imaginacion, las pasiones y los sentidos, en lugar de halagarlos.

PÁG. 25.

[16] *Los oráculos callan.* La cesacion de los oráculos en tiempo de Jesucristo y de sus apóstoles, al ménos sucesivamente y por grados, y siempre de un modo mui sensible, está acreditada por la mayor parte de los autores paganos. Se ha procurado eludir y debilitar en lo posible la fuerza de este testimonio, principalmente haciendo consistir este silencio de los oráculos en el tiempo de que se trata, en otras causas que las que le atribuimos. Mas que responder al desafío que los primeros cristianos hacian á los paganos provocándolos á permitir públicamente y á presencia de los tribunales, hacer experiencia del poder que el nombre de Jesucristo les daba sobre los demonios y sobre sus oráculos, bajo la pena de que los fieles que no cumplieran su promesa, sufriesen el ultimo suplicio? (*Vease el Apologético de Tertuliano*). „Que se traiga, dice Lactancio, un hombre verdaderamente poseido del demonio; que se nos presente el sacerdote mismo de Apolo de Delphos, temblarán uno y otro al solo nombre de Dios: Apolo saldrá tan pronto de su profeta, como el demonio del cuerpo de este poseido; y el profeta abandonado del dios á quien ahuyentará la invocacion del nombre del Altísimo, será para siempre reducido á silencio.” (*Instruccion divina, lib. 4.º, cap. 27.*)

El mismo Lactancio refiere, que estando presente un solo cristiano sin ser conocido en la pompa de un sacrificio, los Arúspices no habian podido sacar ninguna luz de las entrañas de las víctimas, ni obtener ninguna respuesta. Por lo cual, exclamando el sacerdote que allí habia en la multitud algun profano, el pueblo animado con este discurso habia exitado una especie de tumulto.

„Venid, decia San Cipriano, y reconoced la verdad de lo que os anunciamos; y pues que haceis profesion de adorar á los dioses, cred al ménos á los que juzgais dignos de vuestro culto.” (*Libro contra Demetrio*).

„Los malos espíritus, dijo en otra parte, conjurando en nombre del verdadero Dios, nos ceden sin titubear, se confiesan vencidos, y son obligados á salir de los cuerpos que poseen.”

„Quien quisiere, dice San Atanacio, experimentarlo, ven-

ga... verá como al solo nombre de Jesus huyen los demonios, cesan los oráculos, y la magia con todos sus encantos queda confundida." (*Libro de la Encarnacion del Verbo de Dios*).

Minucio Felix, atestigua esto con los mismos paganos. „La mayor parte de vosotros no ignora las confesiones que los demonios han hecho siempre que han sido forzados por nuestros exorcismos y oraciones á salir de los poseidos... ¿Mentirian para deshonrarse en vuestra presencia? Creed pues á su propio testimonio, creed que dicen la verdad cuando confiesan que no son mas que demonios." (*Contra Octavio*).

Este solo nombre de Jesus, dice Arnobio, ahuyenta los espíritus malignos, y hace callar los oráculos. (*Contra los gentiles*).

PÁG. 26.

[17] *Y su famoso templo, que Juliano se esforzó envano á reedificar.* El emperador Juliano quiso eternizar su memoria reedificando soberbiamente el templo de Jerusalem. „Esta feliz noticia, dice Le-Beau (*Historia del bajo imperio*, lib. 13), se difunde en un momento por los países vecinos. Los judíos acudieron de todas partes con un empeño increíble...; cada uno creía santificarse contribuyendo á esta piadosa empresa. Sin embargo, Cirilo obispo de Jerusalem, mejor instruido que los judíos del sentido de sus profecías, se mofaba de sus esfuerzos. Abiertamente decía, que había llegado el tiempo en que el oráculo del Salvador del mundo iba á cumplirse á la letra; que de aquel vasto edificio no quedaría piedra sobre piedra."

Se cumplió en efecto, y ved aquí como habla Amiano Marcelino, autor pagano que vivía en este mismo tiempo. „La actividad de Juliano, que á todo se extendía, para inmortalizarse con monumentos que le sobrevivieran, formó el designio de reedificar á toda costa el templo soberbio de Jerusalem, que después de muy encarnizados combates que hubo mientras duraba el sitio que le puso Vespaciano, fué al fin destruido por Tito: encargó esta comisión á Alipio de Antioquía, que había gobernado en otro tiempo la Gran Bretaña en clase de vicario de los prefectos. Mientras que este hombre, secundado por el gobernador de la provincia, apresuraba mucho la obra, formidables globos de fuego que se lanzaban sin interrupción cerca de los simientos, hicieron este lugar inaccesible á los trabajadores, de quienes algunos fueron quemados; y la obstinacion de las llamas en repeler á cuantos se acercaban obligó á desistirse de la empresa." (*Lib. 23 cap. 1.º*).

„Este milagro, dice también Le-Beau, pasó á los ojos del

universo; y la providencia ha perpetuado su memoria por testimonios auténticos que ningún pagano se atrevió á desmentir. San Gregorio Nazianceno y San Juan Crisóstomo, contemporáneos de este acontecimiento, lo describieron con todas las circunstancias. San Ambrosio, que vivía en el mismo tiempo, se aprovecha de él como de un hecho incontestable, para disuadir al gran Teodosio de restablecer un templo de los paganos. Mas lo que debe cerrar la boca á la incredulidad, es la autoridad de los enemigos del cristianismo. Amiano Marcelino que estaba entonces en la corte, atestigua la verdad de este prodigio, y si se abstiene de hablar de los obstáculos que el cielo y la tierra opusieron á su designio, su silencio está suplido por un autor que no es de menor peso, porque no era ménos interesado en ocultar la verdad. Un famoso rabino, que escribía en el siglo siguiente, refiere el hecho; y lo que debe ser de una gran consideracion, lo refiere conforme á los anales de la nacion judía. En nuestros días, un protestante célebre, Warburton, ha recogido todos estos testimonios, y ha hecho sentir su fuerza en una obra sólida y luminosa. Su excelente disertacion ha sido traducida al frances, é impresa en París en 1764.

PÁG. 26.

[18] *Los judíos..... Conservando donde quiera una existencia tan precaria y continuada sin embargo desde tanto tiempo sin mezcla y sin interrupcion.* „En las revoluciones de los vastos imperios del Oriente, se ve á los pueblos mas famosos precipitarse unos sobre otros, y amenazar sucesivamente con una ruina total á esta triste nacion, que por un inaudito prodigio, subsiste hoy mas numerosa que nunca en el seno de todas las naciones del universo. Se ha repetido cien veces, y no podría repetirse demasiado, los judíos, vencidos, dispersos y malditos forman todavía en la tierra un pueblo inmenso; siglos hace, que ya no halla el menor vestigio de los Asyrios, de los Medos, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos que los habian reducido á servidumbre. Se han perpetuado á pesar de las espantosas calamidades que una mano vengadora esparció sobre sus cabezas; y lo que ha hecho desaparecer á sus vencedores del medio de las naciones, parece que ha sido precisamente la época mas fecunda de su acrecimiento. Las miras de Dios sobre este pueblo desgraciado se manifestarán en los últimos tiempos, y el preludio de su cumplimiento siempre ha sido mirado como una de las pruebas mas sorprendentes de la verdad de nuestra religion." [Fronon, *Año literario*.]

Ved en el discurso de un pastor de Berlin que hemos

citado mas arriba, un bello trozo sobre los judfos, sobre este pueblo extraño, especie de enigma incompresible al espíritu humano, si no se le considera, segun la expresion de Mr. Ancillon, como un pueblo milagroso y sometido á una direccion particular de la Providencia, para los fines mas grandes de que se puede formar idea.

CARTA CUADRAGESIMA SEXTA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

¡Oh padre mio! ¡padre mio! todo está perdido para mí. Laussane.... Emilia.... ¡Qué furor!... ¡A qué extremo me he dejado llevar! Lausane está desgraciadamente herido; Emilia moribunda....; su hijo vive.... ¡Ay de mí! ¡bajo que auspicios ha nacido! ¡Hijo desgraciado! Mas les valiera la muerte que la vida. ¡Y yo, padre desgraciado! ¡Desgraciado esposo! Si Emilia muere, siendo yo la causa, no me queda mas que morir.

CARTA CUADRAGESIMA SETIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO,

¡Hijo mio querido! no te dejes abatir, ni te abandones á una cobarde desesperacion. ¡No te quedará bastante fuerza para soportar la vida [1], si quiera en obsequio de tu hijo, de un padre que solo vive para tí, y acaso tambien de Emilia? Y si ella muere.... ¡Qué pena mas justa podría el cielo imponerte en su clemencia, que la de sobrevivirle!

Las Señoritas de Veymur, acompañadas del mas jóven de los hermanos, llegarán casi al tiempo que Bazin que te lleva mi carta. Ellos vuelan como generosos amigos á tu socorro y al de Emilia. Solo el Conde queda conmigo, en cuyo seno exhalo mi vivo dolor. En estos momentos tan difíciles, tan penosos para mí, él es mi apoyo, y

sobre todo Dios. ¡Oh hijo mio! hay una religion, hay un Dios justo, árbitro de nuestra suerte; hay otra vida fuera de esta, para satisfacer á su justicia. ¡O Dios soberanamente equitativo, pero Dios clemente y bueno, tened compasion de mí, tened piedad de mi hijo!

NOTA.

PÁG. 42.

[1] *¿No te quedará bastante fuerza para soportar la vida?* Rousseau ha puesto en boca de un jóven á quien era pesada la vida, sofismas en favor del suicidio, que apesar de todo su aparato seductor es fácil destruir. „Mientras mas reflexi6no, dice el jóven, mas me convenzó de que la cuestion se reduce á esta proposicion fundamental: procurar uno su bien y huir su mal sin ofender á otro, es el derecho de la naturaleza.”

La respuesta es fácil, *buscar uno su bien*, si por cierto, pero su *verdadero bien*: *huir su mal*, pero su *verdadero mal*; y en un ser como el hombre uno y otro no son de un momento, sino de mui diferente duracion.

Buscar uno su bien, huir su mal *sin ofender á otro*, es decir, sin ofender á Dios en su derecho sobre nosotros, ni á los hombres en los derechos de la sociedad ó en los de hombre á hombre, tal será el *derecho de la naturaleza*. Mas la proposicion asi enunciada condena el suicidio, mui léjos de autorizarlo. Esto es lo que desarrolla del modo mas sensible la respuesta del Milord á su amigo.

„Pensadlo bien, jóven; ¿qué son diez, veinte, treinta años para un ser inmortal? La pena y el placer pasan como una sombra: la vida se desliza en un instante; ella es nada en sí misma, su precio pende de su empleo. Solo dura el bien que se ha hecho; y solo por él es alguna cosa. No digas que para tí es un mal el vivir, puesto que solo de tí pende que sea un bien, y que si es un mal haber vivido, es una razon mas para vivir todavia. No digas ya que te es permitido morir, porque tanto valdria como decir que te es permitido no ser hombre, que te es permitido rebelarte contra el autor de tu ser, y enganar tu destino.... Tú crees la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la libertad del hombre, sin duda no piensas que un ser inteligente recibe un cuerpo y es colocado en la tierra por casualidad, solo para vivir, sufrir y morir. ¿Hay tal vez en la vida humana un